

31° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La liturgia del Domingo 31 del Tiempo Ordinario nos habla de que el amor está en el centro de la experiencia cristiana. El camino de la fe que, día a día, estamos invitados a recorrer, se resume en el amor a Dios y en el amor a los hermanos, dos vertientes que no se excluyen, sino que más bien se complementan.



La primera lectura nos presenta el inicio del "Shema Israel", la solemne proclamación de fe que todo israelita debe hacer diariamente. Es una afirmación de la unicidad de Dios y una invitación a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.

El Evangelio nos dice, de forma clara e incuestionable, que toda experiencia de fe del discípulo de Jesús se resume en el amor, amor a Dios y amor a los hermanos. Los dos mandamientos no pueden separarse: "amar a Dios" es cumplir su voluntad y establecer con los hermanos relaciones de amor, de solidaridad, de compartir, de servicio, hasta la donación total de la vida. Todo lo demás es explicación, desarrollo, aplicación a la vida práctica de esas dos coordenadas fundamentales de la vida cristiana.

La segunda lectura nos presenta a Jesucristo como el sumo sacerdote que vino al mundo para realizar el proyecto salvador del Padre y para ofrecer su vida en donación de amor a los hombres. Cristo, con su obediencia al Padre y con su entrega a favor de los hombres, nos dice cual es la mejor forma de expresar nuestro amor a Dios.

PRIMERA LECTURA

Escucha, Israel: Amarás al Señor con todo el corazón

Lectura del libro del Deuteronomio

6, 2 - 6

En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo:

—«Teme al Señor, tu Dios,
guardando todos sus mandatos
y preceptos que te manda,
tú, tus hijos y tus nietos, mientras viváis;
así prolongarás tu vida.

Escúchalo, Israel, y ponlo por obra,
para que te vaya bien y crezcas en numero.

Ya te dijo el Señor, Dios de tus padres:

"Es una tierra que mana leche y miel."

Escucha, Israel:

El Señor, nuestro Dios, es solamente uno.

Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón,
con toda el alma, con todas las fuerzas.

Las palabras que hoy te digo
quedarán en tu memoria.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El Libro del Deuteronomio es aquel "libro de la Ley" o "libro de la Alianza" descubierto en el Templo de Jerusalén en el 18º año del reinado de Josías (622 a. C.) (Cf. 2 Re 22).

En el Libro, los teólogos deuteronomistas, originarios del Norte (Israel) pero refugiados en el sur (Judá) tras las derrotas de los reyes del norte frente a los asirios, presentan los datos fundamentales de su teología: hay un solo Dios, que debe ser adorado por todo el Pueblo en un único lugar de culto (Jerusalén); ese Dios eligió a Israel e hizo con él una Alianza eterna; y el Pueblo de Dios debe ser un único Pueblo, la propiedad personal de Yahvéh (por tanto, no tienen ningún sentido las cuestiones históricas que llevaron al Pueblo de Dios a la división política y religiosa, tras la muerte del rey Salomón).

Literariamente, el libro se presenta como un conjunto de tres discursos de Moisés, pronunciados en las llanuras de Moab. Presintiendo la proximidad de su muerte, Moisés deja al pueblo una especie de "testamento espiritual": recuerda a los hebreos los compromisos asumidos para con Dios y les invita a renovar su alianza con Yahvéh.

El texto que hoy se nos propone forma parte del segundo discurso de Moisés (cf. Dt 4,44-28,68). Tanto por el lugar que ocupa en el libro, como por su importancia, este segundo discurso constituye el centro del Libro del Deuteronomio. En líneas generales, este discurso se presenta en tres partes principales: una introducción (cf. Dt 4,44-11,32), un código legal (cf. Dt 12,1-25,19) y una conclusión (cf. Dt 26,1-28,68).

La primera parte de la introducción al segundo discurso de Moisés (cf. Dt 4,44-9,5) nos ofrece una presentación del Decálogo (cf. Dt 5,1-33), la Ley fundamental de la Alianza establecida entre Dios e Israel, en el Orbe, y, en consecuencia, un conjunto de exhortaciones al Pueblo para que viva en fidelidad a los mandamientos (cf. Dt 6,1-9,5). Nuestro texto es un extracto de esa exhortación.

1.2. Mensaje

El texto comienza con una exhortación a "temer" al Señor y a cumplir todas sus leyes y mandamientos (vv. 2-3). La expresión "temer al Señor", muy frecuente en el Antiguo Testamento, traduce, por un lado, la reverencia y el respeto y, por otro lado, la pronta obediencia a la voluntad divina, la confianza inamovible en Dios que no falla, la humilde renuncia a los propios criterios, la adhesión incondicional a la voluntad de Dios, la aceptación plena de las propuestas y de los mandamientos de Dios.

En la perspectiva del catequista deuteronomista autor de este texto, el creyente ideal (el que "teme al Señor"), es aquel que está dispuesto a renunciar a la autosuficiencia y no acepta buscar la felicidad al margen de las propuestas de Dios; es aquel que, con total confianza, es capaz de entregarse en manos de Dios, de aceptar sus indicaciones, de asumir los mandamientos del Señor como camino seguro y verdadero para llegar a la vida en plenitud. A aquel que acepta vivir en el "temor del Señor", el autor le promete vida en abundancia.

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 4-6), tenemos el conocido "*Shema Israel*" (así denominado a causa de las primeras palabras hebreas de Dt 6,4: "*Escucha Israel*"). Es un texto central del judaísmo, que desde finales del siglo I es rezado diariamente, por la mañana y por la tarde, por todos los judíos piadosos.

En el universo religioso judío, el verbo "escuchar", aquí utilizado, define una acción en tres tiempos: "oír" con los oídos, "acoger" en el corazón, "transformar en acción concreta" aquello que se oye y se acoge.

El "Shema Israel" comienza con la afirmación solemne de la unicidad de Dios (v. 4: "El Señor, nuestro Dios"). El creyente israelita debe oír e interiorizar esta realidad y actuar en consecuencia. De su horizonte queda apartada, por tanto, cualquier posibilidad de adhesión a otros dioses o a otras propuestas de salvación que no vengan de Yahvéh.

Después, viene la exigencia de amar a este Dios único con un amor sin división, un amor que implique la totalidad del hombre (v. 5: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas"). Ese amor, interiorizado en el corazón y en el alma del hombre, debe traducirse en la observancia fiel de los mandamientos de la Alianza.

1.3. Actualización

- ✚ La afirmación de la unicidad de Dios nos invita, antes de nada, a sopesar la cuestión de los "otros dioses" a quienes, tantas veces, entregamos la dirección de nuestra vida. A veces olvidamos que Dios es el eje fundamental alrededor del cual debe girar toda nuestra existencia y dejamos que nuestro corazón se sustente en realidades efímeras, en las cuales ponemos nuestra confianza, nuestra seguridad y nuestra esperanza (el dinero, el poder, el éxito, la realización profesional, la posición social, los títulos, las honras...)

Esas realidades, con todo, aunque sean agradables y útiles, no pueden servir de piedra angular en la edificación de nuestra vida. Si las erigimos en realidades fundamentales y construimos toda nuestra existencia en función de ellas, nos hacemos esclavos. El verdadero creyente, sin prescindir de las realidades efímeras, tiene conciencia de que sólo "el Señor es nuestro Dios; el Señor es único".

- ✚ Decir que Dios es único, es decir que Él es el único y verdadero camino para una vida en plenitud. Con todo, en nuestro orgullo, nos convencemos, a veces, que nuestra realización y nuestra felicidad están en la realización de nuestros proyectos personales, de nuestros deseos egoístas, de nuestras inclinaciones y pasiones, al margen de Dios y de sus propuestas. A eso se llama autosuficiencia.

Prescindir de Dios y de sus indicaciones nos lleva, invariablemente, a andar por caminos de egoísmo, de injusticia, de explotación, de sufrimiento, de muerte. Necesitamos interiorizar esta realidad: por nosotros mismos, sin Dios, contando únicamente con nuestras frágiles fuerzas, no conseguimos encontrar el camino de la realización, de la felicidad, de la vida en plenitud.

- ✚ Nuestro texto invita al creyente a amar a Dios con un amor que implique la totalidad de la vida del hombre; o, con otras palabras, invita al creyente a vivir en el "temor del Señor".

¿Cómo debe expresarse, de forma práctica, ese amor al Señor? ¿A través de declaraciones solemnes y de buenas intenciones? ¿Con fórmulas rutinarias de oración? ¿A través de solemnes ritos litúrgicos?

Nuestro amor al Señor debe, sobre todo, manifestarse en gestos concretos que manifiesten nuestra obediencia incondicional a sus planes, nuestra entrega total en sus manos, nuestra aceptación de sus mandamientos y preceptos.

Salmo responsorial

Salmo 17, 2 - 4. 47 y 51ab

Vl. Yo te amo, Señor;
tú eres mi fortaleza.

Rl. Yo te amo, Señor;
tú eres mi fortaleza.

Vl. Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.

Rl. Yo te amo, Señor;
tú eres mi fortaleza.

Vl. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.

Rl. Yo te amo, Señor;
tú eres mi fortaleza.

Vl. Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador.
Tú diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu Ungido.

Rl. Yo te amo, Señor;
tú eres mi fortaleza.

SEGUNDA LECTURA

**Como permanece para siempre,
tiene el sacerdocio que no pasa**

Lectura de la carta a los Hebreos 7, 23 - 28

Hermanos:

Ha habido multitud de sacerdotes del antiguo Testamento, porque la muerte les impedía permanecer; como éste, en cambio, permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa.

De ahí que puede salvar definitivamente a los que por medio de él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder en su favor.

Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo.

El no necesita ofrecer sacrificios cada día —como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo—, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

En efecto, la Ley hace a los hombres sumos sacerdotes llenos de debilidades.

En cambio, las palabras del juramento, posterior a la Ley, consagran al Hijo, perfecto para siempre.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

En Hebreos 6,20, el autor de la Carta declara a Jesucristo como "sumo sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec". Después, va a dedicar todo el capítulo 7 de la Carta (cf. Heb 7,1-28) a explicar su afirmación.

Melquisedec es un personaje misterioso que aparece en Gn 14,18-20. Presentado como rey y sacerdote de Salem (localidad desconocida, que el Sal 76,3 identifica con Jerusalén), adora al Dios altísimo, bendice a Abraham cuando este regresa de la guerra y le ofrece pan y vino. Abraham, el antepasado de los sacerdotes levíticos, se inclina ante él y le paga el diezmo. El Salmo 110, por su parte, presenta a un rey de la casa de David como el continuador del prestigioso Melquisedec ("el Señor juró" al rey "y no se volverá atrás: tu eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec", Sal 110,4). A partir de aquí, la figura de Melquisedec adquirirá una clara connotación mesiánica. Tras el Exilio en Babilonia, los judíos esperaban ver surgir un salvador de la descendencia de David que reúna, como Melquisedec, el sacerdocio y la realeza. Los cristianos, inspirados por estas ideas, van a contemplar el misterio de Jesús a esta luz.

El autor de la Carta a los Hebreos va en esta dirección. En su perspectiva, Jesús ejerce un sacerdocio perfecto y eterno, que no se vincula al sacerdocio de Leví (que es un sacerdocio ejercido por hombres pecadores, mortales y que se suceden de generación en generación), sino que realiza el sacerdocio real del Mesías davídico, sucesor de Melquisedec.

En la primera parte del capítulo 7 de la Carta, el autor resume la historia de Melquisedec y afirma la superioridad de su sacerdocio sobre el sacerdocio levítico (cf. Heb 7,11-10); en la segunda, el autor demuestra que el sacerdocio nuevo de Cristo (en la línea del sacerdocio de Melquisedec) es un sacerdocio perfecto y eterno, que vino a sustituir el sacerdocio levítico y abolir la antigua Ley (cf. Heb 7,11-28).

2.2. Mensaje

Una de las pruebas de la superioridad del sacerdocio de Cristo es su duración eterna, que contrasta con el cambio continuo de las generaciones del sacerdocio levítico. Para el autor de la Carta a los Hebreos, la multiplicidad y la alternancia son sinónimo de imperfección. Porque el sacerdocio de Cristo es eterno y su intercesión junto a Dios es continua, él asegura, de modo definitivo, la salvación del creyente (vv. 23-25).

El autor termina su reflexión con una especie de himno (vv. 26-28), que resume toda la exposición anterior y que exalta las características del sacerdocio de Cristo. Él es el sumo sacerdote "santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores y elevado por encima de los cielos" (v. 26), porque pertenece a la esfera del Dios santo.

Además de eso, Él no tiene necesidad de ofrecer todos los días sacrificios por los pecados propios y ajenos, porque se ofrece a sí mismo, de una vez por todas, en sacrificio perfecto (v. 27).

A modo de conclusión, el autor destaca, una vez más, el contraste entre el orden imperfecto, que es el orden de la Ley y del sacerdocio levítico, y el orden perfecto, prometido por Dios y realizado por el sumo sacerdote Jesús. Allí, había hombres llenos de fragilidad y de debilidades; aquí, está el sumo sacerdote eterno, que es Hijo de Dios, que está junto a Dios y que intercede permanentemente por los hombres.

2.3. Actualización

- ✚ En la Carta a los Hebreos, Jesucristo es el sacerdote por excelencia, que el Padre envió al mundo con la misión de invitar a todos los hombres a formar la comunidad del Pueblo sacerdotal. Ahora, Jesucristo ha cumplido íntegramente la misión que el Padre le confió. Desde el primer instante de su encarnación, Él hizo de su vida una escucha atenta del Padre y una entrega total a los hombres. En la obediencia y en la entrega de Cristo, que llegó hasta la entrega total de la vida, en la cruz, quedó bien expresado su amor al Padre.

Cristo, con el ejemplo de su vida, nos dice cuál es la mejor forma de expresar nuestro amor a Dios. Es en la escucha atenta de sus proyectos y de sus retos, en la acogida de su Palabra y de sus propuestas, en la obediencia a sus mandamientos, en el cumplimiento incondicional de su voluntad, en la entrega de la vida a los hermanos por amor, en el testimonio valiente de sus valores y proyectos, como expresamos, de forma privilegiada, ese amor a Dios que nos llena el corazón.

- ✚ El autor de la Carta a los Hebreos insiste, con frecuencia, que el verdadero sacrificio, el sacrificio que Dios aprecia, el sacrificio que genera dinámicas de vida y de salvación, es aquel que Cristo ofreció al Padre: su propia vida, puesta al servicio del plan de Dios y hecha amor y servicio hacia los hombres.

Nosotros, creyentes, siempre preocupados en agradar a Dios y en rendirle el culto que él merece, olvidamos, a veces, lo obvio: más que ritos majestuosos, manifestaciones públicas de fe, solemnes celebraciones, Dios aprecia la entrega de nosotros mismo. El culto que Él pide, el sacrificio que aprecia es el que ha de generar vida nueva para nosotros y para los que caminan a nuestro lado, es la obediencia a sus proyectos y el amor a los hermanos.

- ✚ Cristo es, efectivamente, el sumo sacerdote que está junto al Padre y que intercede continuamente por nosotros, como no se cansa de repetir el autor de la Carta a los Hebreos. La conciencia de ese factor debe llenar nuestro corazón de paz, de esperanza y de confianza: si Cristo intercede por nosotros, podemos encarar la vida de forma serena, con la conciencia de que nuestras debilidades y fragilidades nunca nos apartarán, de forma definitiva, de la comunión con Dios y de la vida eterna.

Aleluya

Jn 14, 23

El que me ama guardará mi palabra
—dice el Señor—,
y mi Padre lo amará, y vendremos a él.

EVANGELIO

No estás lejos del reino de Dios

✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos**
12, 28b - 34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó:

— «¿Qué mandamiento es el primero de todos?»

Respondió Jesús:

— «El primero es:

“Escucha, Israel,

el Señor, nuestro Dios, es el único Señor:

amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,

con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.

" El segundo es éste:

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

No hay mandamiento mayor que éstos.»

El escriba replicó:

— «Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices

que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él;

y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento

y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo

vale más que todos los holocaustos y sacrificios.»

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo:

— «No estás lejos del reino de Dios.»

Y nadie se abrevió a hacerle más preguntas.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El Evangelio de este domingo nos sitúa ya en Jerusalén, en el centro de la ciudad donde van a darse los últimos pasos de ese camino que Jesús viene recorriendo, con los discípulos de Galilea.

El ambiente es tenso. Algún tiempo antes, Jesús había expulsado a los vendedores del Templo (cf. Mc 11,15-18), acusando a los líderes judíos de haber hecho de la "casa de Dios una cueva de ladrones"; después, contará las parábolas de los viñadores homicidas (cf. Mc 12,1-12), acusando a los dirigentes judíos de oponerse, de forma continua, a la realización del plan salvador de Dios.

Los líderes judíos, convencidos de que Jesús era irrecuperable, habían tomado decisiones drásticas: debía ser apresado, juzgado, condenado y eliminado. Fariseos, Herodianos (cf. Mc 12,13) y hasta saduceos (cf. Mc 12,18) procuraban tender trampas a Jesús, con el fin de sorprenderle en afirmaciones poco ortodoxas, que pudiesen ser utilizadas en un tribunal para conseguir su condena. Las controversias sobre el tributo al César (cf. Mc 12,13-17) y sobre la resurrección de los muertos (cf. Mc 12,18-27) deben ser situadas y comprendidas en este contexto.

En este ambiente, aparece un escriba a preguntar a Jesús sobre cuál es el mayor mandamiento de la Ley.

Al contrario que Mateo (cf. Mt 22,34-40), Marcos no considera que la cuestión sea presentada a Jesús para comprometerlo o ponerlo a prueba. El escriba que plantea la cuestión parece que es un hombre sincero y bien intencionado, preocupado por establecer la jerarquía correcta de los mandamientos de la Ley.

De hecho, la cuestión del mandamiento más importante de la Ley no era una cuestión pacífica y se convirtió, en el tiempo de Jesús, en objeto de debates interminables entre los fariseos y los doctores de la Ley.

La preocupación por actualizar la Ley, de forma que respondiera a todas las cuestiones que la vida del día a día exigía, había llevado a los doctores de la Ley a deducir un conjunto de 613 preceptos, de los cuales 365 eran prohibiciones y 248 acciones a poner en práctica. Esta "multiplicación" de preceptos legales llevaba, evidentemente, a la cuestión de las prioridades: ¿todos los preceptos tienen la misma importancia, o hay alguno que es más importante que los demás?

Esta es la cuestión que se plantea a Jesús.

3.2. Mensaje

Citando el primer versículo del "Shema Israel", la gran profesión de fe que todo judío recitaba al inicio y al finalizar la jornada (cf. Dt 6,4-5), Jesús declara solemnemente que el primer mandamiento es el amor a Dios, un amor que debe ser total, sin divisiones, hecho de adhesión plena a los proyectos, a la voluntad, a los

mandamientos de Dios (v. 30: "con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser"). Como si pensase que la respuesta no era suficiente, Jesús la completa, inmediatamente, con la presentación de un segundo mandamiento: "amarás a tu prójimo como a ti mismo" (se trata de una cita de Lv 19,18).

O sea: el mayor mandamiento es el mandamiento del amor; y ese mandamiento fundamental se concreta en dos dimensiones que se completan mutuamente, la del amor a Dios y la del amor al prójimo.

La originalidad de este sumario evangélico de la Ley no está en las ideas de amor a Dios y al prójimo, que son muy conocidas del Antiguo Testamento. La originalidad de esta enseñanza está, por un lado, en el hecho de que Jesús los aproxima el uno al otro, poniéndolos en perfecto paralelismo y, por otro lado, en el hecho de que Jesús simplifica y condensa toda la revelación de Dios en estos dos mandamientos.

La respuesta de Jesús al escriba no va en el sentido de establecer una jerarquía rígida de mandamientos; sino que superando el horizonte estrecho de la pregunta, se sitúa al nivel de las opciones profundas que el hombre debe hacer. Lo importante, en la perspectiva de Jesús, no es definir cual es el mandamiento más importante, sino encontrar la raíz de todos los mandamientos. Y, en la perspectiva de Jesús, esa raíz gira alrededor de dos coordenadas: el amor a Dios y el amor al prójimo.

Por lo tanto, el compromiso religioso (que es propuesto a los creyentes, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento) se resume en el amor a Dios y en el amor al prójimo.

En la perspectiva de Jesús, ¿qué quiere decir esto?

De acuerdo con los relatos evangélicos, Jesús nunca se preocupó excesivamente por el cumplimiento de los rituales litúrgicos que la religión judía propugnaba, ni vivió obcecado con el ofrecimiento de dones materiales a Dios. La gran preocupación de Jesús fue, en contrapartida, discernir la voluntad del Padre y cumplirla con fidelidad y amor. "Amar a Dios" es pues, en la perspectiva de Jesús, estar atento a los proyectos del Padre y buscar realizar, en la vida del día a día, sus planes. Ahora, en la vida de Jesús, el cumplimiento de la voluntad del Padre pasa por hacer de la vida una entrega de amor a los hermanos, si fuera necesario hasta la donación total de uno mismo.

Así, en la perspectiva de Jesús, "amor a Dios" y "amor a los hermanos" están íntimamente asociados. No son dos mandamientos distintos, sino dos caras de una misma moneda. "Amar a Dios" es cumplir su proyecto de amor, que se concreta en la solidaridad, el compartir, el servicio, la donación de la vida a los hermanos.

¿Cómo debe ser ese "amor a los hermanos"? Este texto sólo explica que es preciso "amar al prójimo como a uno mismo". Las palabras "como a uno mismo" no significan ninguna especie de condición, sino que es preciso amar totalmente, de todo corazón.

En otros textos neotestamentarios, por eso, Jesús explica a sus discípulos que es necesario amar a los enemigos y orar por los perseguidores (cf. Mt 5,43-48). Se trata, por tanto, de un amor sin límites, sin medida y que no distingue entre buenos y malos, amigos y enemigos.

Además, Lucas, al contar este mismo episodio que el Evangelio de hoy nos presenta, añade la historia del "buen samaritano", explicando que ese "amor a los hermanos" pedido por Jesús es incondicional y debe alcanzar a todo hermano que encontramos por los caminos de la vida, aunque sea un extranjero o enemigo (cf. Lc 10,25-37).

El escriba está en completo acuerdo con la respuesta de Jesús. Para expresar su aprobación, cita algunos versos de la Biblia Hebrea (cf. Dt 4,35 e Is 45,21; Dt 6,5; Lv 19,18; Os 6,6), que repiten, con diversas palabras, lo que Jesús acababa de decir.

Ante el comentario inteligente del escriba, Jesús le manifiesta que no está "lejos del Reino de Dios" (v. 34). Este escriba es, sin duda, un hombre justo, que observa la Ley, que estudia la Escritura y que procura leerla y ponerla en práctica; sin embargo, para poder formar parte del Reino, le falta acoger a Jesús como el Mesías liberador enviado por Dios con una propuesta de salvación y convertirse en su discípulo (tras la conversación con Jesús, este escriba continúa en su lugar, no hay ninguna indicación de que estuviera dispuesto a seguir a Jesús).

3.3. Actualización

- ✚ Más de dos mil años de cristianismo han creado una pesada herencia de mandamientos, de leyes, de preceptos, de prohibiciones, de exigencias, de opiniones, de pecados y de virtudes, que arrastramos pesadamente por la historia.

En algún lugar del camino, hemos dejado que el inevitable polvo de los siglos oculte lo esencial y lo accesorio; después, hemos mezclado todo, ordenándolo sin gran rigor y hemos perdido la noción de lo que era verdaderamente importante. Hoy, gastamos tiempo y energía discutiendo ciertas cuestiones que tienen su importancia (como el matrimonio de los sacerdotes, el sacerdocio de las mujeres, el uso de los medios anticonceptivos, lo que es o no litúrgico, los problemas del poder y de la autoridad, los pormenores legales de la organización eclesial...) y continuamos teniendo dificultades en discernir lo esencial en la propuesta de Jesús.

El Evangelio de este domingo pone las cosas en su sitio: lo esencial es el amor a Dios y el amor a los hermanos. En esto se resume toda la revelación de Dios y su propuesta de vida plena y definitiva para los hombres. Necesitamos releer todo, de forma que los residuos acumulados no nos impidan comprender, vivir, anunciar y testimoniar lo fundamental de la propuesta de Jesús.

- ✚ ¿Que es "amar a Dios"? De acuerdo con el ejemplo y el testimonio de Jesús, el amor a Dios pasa, antes de nada, por la escucha de su Palabra, por la acogida de sus propuestas y por la obediencia total a sus proyectos para mí mismo, para la Iglesia, para mi comunidad y para el mundo.

¿Me esfuerzo, verdaderamente, por escuchar las propuestas de Dios, manteniendo un diálogo personal con Él, procurando reflexionar e interiorizar su Palabra, intentando interpretar los signos con los que Él me interpela en la vida de cada día?

¿Tengo el corazón abierto a sus propuestas, o me cierro en mi egoísmo, en mis prejuicios y en mi autosuficiencia, procurando tener una vida al margen de Dios o contra Dios?

¿Intento ser, en nombre de Dios y de sus planes, un testigo profético que interpela al mundo, o me instalo en mi comodidad renunciando al compromiso con Dios y con el Reino?

✚ ¿Qué es "amar a los hermanos"? De acuerdo con el ejemplo y el testimonio de Jesús, el amor a los hermanos pasa por prestar atención a cada hombre o mujer con los que me cruzo por los caminos de la vida (sea blanco o negro, rico o pobre, nacional o extranjero, amigo o enemigo), por sentirme solidario con las alegrías y sufrimientos de cada persona, por compartir las desilusiones y esperanzas de mi prójimo, por hacer de mi vida una entrega total a todos. El mundo en el que vivimos necesita redescubrir el amor, la solidaridad, el servicio, el compartir, la entrega de la vida.

¿En realidad, mi vida está puesta al servicio de mis hermanos, sin distinción de raza, de color, de estatus social?

¿Los pobres, los necesitados, los marginados, los que alguna vez me maltrataron u ofendieron, encuentran en mi un hermano que les ama, sin condiciones?

✚ Es fundamental que tengamos conciencia de que estas dos dimensiones del amor, el amor a Dios y el amor a los hermanos, no se excluyen ni están en confrontación una con la otra. Amar a Dios es cumplir su voluntad y sus proyectos. Ahora bien, la voluntad de Dios es que hagamos de nuestra vida un don de amor, de servicio, de entrega a los hermanos, a todos los hermanos con los que nos cruzamos por los caminos de la vida. No se trata de optar entre rezar o trabajar en favor de los otros, entre estar en la iglesia o estar ayudando a los pobres; se trata de mantener, en el día a día, un diálogo continuo con Dios, a fin de percibir los retos que Él nos presenta y responder convenientemente, en la donación de nosotros mismos a los hermanos.

✚ ¿Cómo vivimos nuestro caminar religioso? ¿Cuál es, para nosotros, el elemento fundamental de nuestra experiencia de fe? A veces, ¿no estaremos dando demasiada importancia a elementos que no tienen gran significación (las prescripciones del culto y del calendario, los ritos externos, las reglas de lo litúrgicamente correcto, las donaciones de dinero para las fiestas del santo patrón, las leyes canónicas, las cuestiones disciplinarias...), olvidando lo esencial, siendo negligentes con el mandamiento mayor?